

152/307

1-267

EL TIEMPO. Buenos Aires, 16 noviembre 1900



# DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1900 Á 1901, EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, POR EL DOCTOR DON MIGUEL DE UNAMUNO, CATEDRÁTICO DE LITERATURA GRIEGA.

II

Traduciendo una vez en mi clase cierto pasaje en que cuenta Herodoto cómo para embalsamar los cadáveres les ingerían en el vientre los egipcios resina de cedro, hebe de preguntar á mis alumnos si conocían este árbol y todos me contestaron que no, y éstos, los mismos que confesaban no conocerlo, podrían verlo en uno de los paseos de esta ciudad. Y habrá acaso quien sin conocerlo mejor lo tome de tópico, que suele serlo el cedro del Líbano. En tópicos retórica hemos convertido merced á tal educación no pocas especies en un tiempo henchidas de vida y realidad, en flores de trapo las antaño naturales. Estudiante forastero habrá que de esta ciudad se vuelva á su pueblo, concluida su carrera, sin haber visitado todos, absolutamente todos monumentos y reliquias del pasado que ella encierra, ó si es de nuestra Facultad de Letras sin haber contemplado en la Flecha el escenario que inspiró al maestro León tantas páginas admirables de sus preñados diálogos de los *Nombres de Cristo*, en que describe aquel paraje, ó los sotos que Meléndez Valdés cantara, ó el histórico campo de los Arapiles.

No sé que proyectéis excursiones á contemplar obras de arte á la obra eterna de Dios, la naturaleza, ni sé que organicéis investigaciones sobre vivo de tanto aspecto de la realidad ambiente como nos solicita á estudio. Toda vuestra actividad académica fuera de esta casa reducese, á lo que sé, á unirnos en otra para discursar y discutir sobre lo que otros formularon ó pensaran. No os reunís para fines genuinamente científicos, de ciencia que se hace y no de la que se recibe hecha, pero os falta tiempo así que se os ofrezca el más liviano pretexto, para echaros de holgorio por esas calles, paseando las banderas de la Facultad. ¡Yá esto hay quien llama patriotismo!

Sed aplicados, sí, sedlo, pero no olvidéis que no lo es más quien se encierra en su cuarto á mascullar ajenas ideas, ó, lo que es ya malo, á aprenderse de coro ajenas frases, sinó quien va á todas partes con los ojos y los oídos bien abiertos y en la mano el corazón. Aspirad á que de vosotros se diga: «ha vivido mucho y bien» más que: «cuanto ha leído». ¡Cosa terrible sería en verdad una educación con antojeras, como á las bestias de tiro, en que sólo vierais alargarse sin fin ante vuestros ojos la cinta árida y polvorosa de la carrera, sin que os recrearan y confortasen el ánimo los frescos sotos, lozanos prados ó frondosos montes que á un lado y otro de ella se despliegan! No ha de enseñarseos aquí tanto á ganar la vida cuanto á vivirla, á vivirla por la ciencia y en ella.

No perdáis tampoco de vista que la experiencia nos enseña cuán frecuente es el fracaso en la vida y en la ciencia de no pocos sobresalientes cargados de laureles académicos.

La emulación, aguijada por vanidad no pocas veces, esa deplorable emulación que nuestro infausto sistema de notas y recompensas fomenta, rara vez puede dar ópimos frutos. Es un sistema condenado hoy por los más juiciosos pedagogos. No habéis de proponeros sobrepajar á los demás sinó sobropujaros á vosotros mismos, ser hoy más que érais ayer. No os suceda que sudéis y agotéis vuestras juveniles energías en certamen de competencia, como quieto corre en pista ó redondel, mientras podríais marchar á paso por el camino de la vida. Suele ser no pocas

veces en un joven señal de vigoroso espíritu el que atento á la suprema recompensa de conquistar la verdad, único premio digno de nuestros afanes, no se doblegue á enseñanzas que en sí ó en el modo de ministrarse las le repugnen, el que no se fuerce á aprender lo que su conciencia reputa dañoso ó vano por un mezquino empeño de amor propio y de vanagloria.

Y en justa correspondencia, deber es del maestro en una disciplina cualquiera inspirar afición á ella en sus discípulos, hacerles amar su estudio.

Si algo distingue á la verdadera juventud es la redundancia de vida, redundancia que para la mente se convierte en comezón de todo saberlo, de inquirirlo todo, en curiosidad á todos los vientos orientada. Y parece como que enseñándoseos tanta cosa que por muerta no nos interesa, háse conseguido tan sólo que ya no nos interese lo vivo. El niño á los ocho años es un surtidor de preguntas, no se le caen de la boca los porqués, mientras que á los veinte parece poseer ya la clave de los misterios ó que de ellos se le dé una higa; está en el secreto, porque le han enseñado que las cosas consisten en la consistidura, que no en otra explicación vienen á dar las soluciones puramente verbales que nos regalan en vez de enseñarnos á saber ignorar é inquirir. Porque es el saber ignorar el principio de toda ciencia: el saber ignorar aunado al querer averiguarlo todo. Saquemos fuerzas de la conciencia de nuestra propia ignorancia.

No perdáis tampoco de vista que la ciencia es para la acción y que todo cuanto no vivifique vuestra obra de mañana nace ya muerto en vuestra mente, pero al tomar en consideración esto no entendáis que haya de sujetarse la ciencia á eso que llaman algunos con estrecha comprensión, lo útil. Buscad la verdad y su triunfo y todo lo demás se os dará de añadidura.

Muchos de los descubrimientos que más han intensificado la vida del linaje humano, cumplieronse mientras el inventor perseguía pura y desinteresada satisfacción de saber, otros se debieron al acaso. Lo que más hizo maestro de civilización al pueblo griego fué su siempre despierta curiosidad, curiosidad de niño, casi sin ulterior propósito, su espíritu platónico, su amor por la caza intelectual más que por la pieza que en ella pudiese cobrarse. Han trascurrido en eso que se llama aplicaciones útiles las desinteresadas elucubraciones de Pitágoras, Arquímedes, Euclides, Eratóstenes y tantos otros.

Si alguna vez la pereza mental os dijese: «no quieras saber eso, teorías y nada más que teorías que no han de servirte para la práctica», sabe que de obedecerla no será tu práctica más que rutina, pereza en acción.

El culto á la verdad por la verdad misma es cosa que os predicarán mucho, pero muy luego contradirán su propia predicación. Porque es ese un culto que en su oficio no se deja arredrar ante la secuela práctica que de una afirmación teórica pueden sacar, cegados por sus pasiones, los hombres; ni jamás juzga de la verdad de un principio porque sus consecuencias arruinen nuestras más arraigadas instituciones ó ahoguen los fundamentos que, con razón ó sin ella, ponemos á los más caros sentimientos de nuestro corazón. La verdad es terrible para el que sólo busca el consuelo á que esté habituado, sin crearse vivo en ella.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
CREDITOS USALES





La inquisición de la verdad por la verdad misma, sobre fé robusta de que nos lleva siempre á la acción más fecunda y más sana, y no el buscarla como soporte de lo que tenemos ya establecido, ha de ser el cimiento de vuestra ciencia. Habiéndolo advertido á un insigne pensador francés, á Taine, las consecuencias que de una de sus enseñanzas podrían sacar los franceses, dicen que respondió: «cuando escribo no pienso en que haya franceses en el mundo». No os acordéis de que hay hombres cuando investiguéis la verdad, que debe erigirse sobre todos los hombres y sobre las aspiraciones é intereses humanos todos. El hombre para la verdad, no la verdad para el hombre.

Utilitario fue sin duda el origen de la ciencia; la necesidad de saber para vivir y no una vana curiosidad movió al hombre á escudriñar los secretos de la vida de la naturaleza y del espíritu; de las exigencias de la navegación surgió la astronomía; de las mediciones de tierras en Egipto la geometría, pero el hombre debe aspirar á elevarse sobre su propia humanidad y á hacer que el conocimiento, hijo de la acción, sea padre de ésta. Será, pues, vuestra más honda labor, la de los que á la ciencia os consagráis, extraer reflexivo pensamiento del espontáneo y casi inconsciente obrar del pueblo de que formáis parte, para que ese pensamiento revierta á la acción, vivificado en la conciencia antes; preparar mediante la reflexión del hábito recibido por el pueblo el que se habitúe éste á lo reflexivo que ha de recibir; llevar á luz de inteligencia lo instintivo para que enaje en instinto lo intelectual. Pero esto habéis de buscarlo con pureza de intención, sin propósitos bastardos, cuales son los que sólo á corroborar los ya consagrados apotegmas tienden.

Hay quien á pretexto de su ninguna ó escasa utilidad porterga ciertos estudios. La más noble tarea es hacer que sea todo útil, y la más noble confianza creer que todo llegará á serlo. «Necesitamos estudios de aplicación» —dicen.—¿De aplicación? de aplicación ¿á qué? A lo ya establecido, á lo presente, á lo constituido. ¿Y los estudios propios para establecer el porvenir? los que engendran ge-

constituyente; junto á los estudios de aplicación, los de creación. Ni cabe, en rigor, aplicar cosa alguna con eficacia sin crearla de nuevo.

Sumergios, pues, en la vida á verla con visión especulativa y desinteresada, á dejaros empapar en realidad inmediata y actual con pureza de intención, sin pedirle más de lo que pueda daros ni exigirle argumentos para soluciones de antemano trazadas á medida de nuestro deseos. Si lo hacéis comprenderéis muy luego que no cabe la realidad en fórmulas ni conceptos silogizables, porque rebosando de ellos, se desborda. La infinita complicación de su trama, su inextricable tejido habrá de enseñaros á desconfiar de todos los sistemas que pretendan encerrarla en fábrica lógica. Y esto os habrá de emancipar de una de las más profundas y arraigadas llagas de nuestro espíritu nacional: el dogmatismo, padre de sectas y de intolerancia.

La rebusca de la verdad con estricta sujeción á los hechos y sin tesis previa es la mejor escuela de humildad, de modestia y de tolerancia; el aprenderse estampadas afirmaciones redondas y escuetas, fórmulas y apotegmas definidos *ex cathedra* lo es de soberbia intolerante. No caigáis en el *ipse dixit* ni olvidéis que todo lo que puede saberse entre todos lo sabemos. Y aprended á la vez á cuestionarlo todo, á poner en tela de juicio hasta lo que más asentado y axiomático os parezca, á no aceptar postulado alguno si es que queréis gozar viva visión de lo real. Y no excluyáis nada. Tened el espíritu abierto.

Lo necesitáis y lo necesitamos nosotros, los que el Estado os pone de administradores de ciencia. Vosotros nos habéis de hacer de catedráticos, maestros. De arriba, de lo que llamamos, no sé bien por qué, arriba, apenas puede esperarse regeneración alguna para la enseñanza, que no se pliega esta á decretos, y dejarnos nosotros mismos, los profesores, solo vendría bajo excitación y acicate vuestro. «Empujadnos! «La verdadera educación — decía Michelet — no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino además, y con mayor frecuencia aún, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.» ¡Ojalá viniérais todos henchidos de frescura, sin la huella que os han dejado quince ó veinte exámenes, y trayendo á estos claustros nó ansia de notas sino sed de verdad y anhelo de saber para la vida, y con ellos aire de la plaza, del campo, del pueblo, de la gran escuela de la vida espontánea y libre!

